

# Históricas Digital

Elisa Vargaslugo

“Una amistad reencontrada”

p. 15-22

*Una mujer, un legado, una historia. Homenaje a Josefina Muriel*

Amaya Garritz (coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

238 p.

Figuras

ISBN 968-36-8273-1 (empastado)

ISBN 968-36-7742-8 (rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/376/mujer\\_legado.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/376/mujer_legado.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



ENTRE EVOCACIÓN Y SEMBLANZA  
ANTIGUAS AMIGAS DE JOSEFINA





## UNA AMISTAD REENCONTRADA

ELISA VARGASLUGO

Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM

Conocí a Josefina Muriel hace muchos años, y ha sido una amistad que ha durado toda la vida, a partir de mi adolescencia. Yo estudiaba la Secundaria con Lupe y Alma, dos de sus hermanas menores, cuando en una visita a la casa de la familia la vi por primera vez. Así comenzó una relación que se convirtió más tarde en amistad y que al correr de los años se fortaleció gracias a la vida académica que nos ha acercado, ya que ambas somos historiadoras interesadas en la época colonial. Ella trabaja en el Instituto de Investigaciones Históricas y yo, en el de Investigaciones Estéticas.

Todos en casa de la familia Muriel, o al menos la mayoría de los nueve hermanos, eran deportistas. Alma, Lupe y yo éramos entonces fanáticas del voleibol y estudiábamos sin matarnos, para darle bastante lugar al deporte. Lupe me encaminó también al frontenis, deporte en el que ella era una estrella, y ése era uno de los motivos de que yo frecuentara su casa, porque ahí había una cancha. Era una casa enorme, llena de cosas y muebles preciosos, de pinturas, de libros y de hermanos y hermanas, y de criados, y de su nana Esperanza. Era un estilo de vida muy diferente al que yo tenía en mi casa donde sólo éramos cuatro hermanos, y yo era la mayor. En cambio, en la casa de los Muriel, Lupe y yo resultábamos de las personas menores. Digo todo esto porque yo sentía timidez, admiración y curiosidad ante el desenfadado con que actuaban los hermanos mayores de la familia Muriel, entre ellos Josefina, que pasaba a nuestro lado sin ponernos atención. No se me olvida cómo me sentí intimidada la primera vez que Lupe me convidó a comer en su casa, en aquella mesa larga, llena de los Muriel y de sus amigos y con su señora madre presidiendo.

Fui conociendo a Josefina por lo que Lupe —con admiración de hermana menor— me comentaba de ella. Me enteré de su excepcional desempeño como estudiante de Historia en la Facultad de Filosofía y

Letras. De su carrera llena de éxitos, de que era muy admirada por sus colegas y sus maestros, por el insólito hecho de haber obtenido los grados de maestría y doctorado, mediando sólo unos cuantos días entre ambos exámenes y habiéndosele otorgado mención honorífica en cada uno.

La imagen de Josefina se convirtió así, para mí, en una figura señera. Cuando la traté un poco más de cerca, joven dama distinguida, bonita, con novio oficial, actuando con total desenfado, me apantalló completamente. Dos escenas se quedaron en mi memoria. La tarde que la vi por primera vez en la sala-biblioteca de su casa. Vestía blusa blanca y falda azul marino, y de pie junto a una ventana hablaba con desparpajo de asuntos históricos. Ahora comprendo que lo que más admiré en ese momento fue el mundo cultural que yo intuía que ya formaba parte de su espíritu. No recuerdo cuánto tiempo después de obtener su doctorado supe que Josefina se iba becada a España, a ampliar sus estudios. Tuve después noticias de su estancia allá, de sus nuevos éxitos profesionales, de su encuentro con Ida Rodríguez, colega mía, quien también se convertiría en una gran investigadora y maestra en la Universidad Nacional Autónoma de México. Supe de su amistad con Matías Goeritz, el célebre escultor que vino a radicarse a México, y también llegué a conocer a algunos de sus queridos amigos españoles de aquellos años. Recuerdo muy bien a Jaime Delgado y a Andrés Sánchez Bella, dos de sus grandes afectos. También me contó Lupe que, antes de regresar a México, Josefina había dado un vino de honor, en uno de los hoteles elegantes de Madrid, para despedirse de sus amigos. Todo eso era para mí como un sueño envidiable de conocer mundo y una forma magnífica de entregarse a la vida académica. De aquella época también recuerdo nítidamente la noche en que Josefina regresó de España. Descendió del avión cubierta de gloria: una de las poquísimas estudiantes mexicanas que por entonces habían salido a hacer estudios superiores al extranjero. Era realmente una imagen envidiable la que proyectaba la figura de la joven investigadora, a quien esperábamos en el aeropuerto tantos familiares y amigos. Josefina había logrado lo que era justamente el ideal de todos los estudiantes, de entonces y de ahora: especializarse en el extranjero, adquirir mundo, viajar y regresar triunfantes. Sólo que los estudiantes de ahora cuentan, felizmente, con muchos programas y apoyos académicos que puede decirse que todo aquel que se lo propone lo logra. Pero en esos tiempos, para las mujeres, hacer un posgrado en Europa era —por varias razones— algo excepcional; Josefina fue de las afortunadas.

Tan brillante principio de vida dedicada al estudio no se vio desmentido nunca, ni tantito. La vocación de Josefina por la investigación histórica ha sido ejemplar, como lo demuestran las numerosas obras con que ha contribuido al estudio de la cultura novohispana, especialmente, como se sabe, acerca de las instituciones relacionadas con la vida femenina y sobre las obras y los días de las mujeres de la Nueva España.

Muy importante para mí fue haber ingresado a la Junta de Investigaciones Históricas, de feliz memoria, asociación académica que aglutinaba a un grupo de jóvenes historiadores recién titulados y a otros que aún estábamos estudiando. Recuerdo que la idea de formar dicha Junta fue de Josefina junto con otros colegas, entre ellos, el hoy ilustre maestro Ernesto de la Torre, asociación que en verdad, vista desde la perspectiva actual, nos dio muchas cosas: seguridad en nuestra elección de carrera, estímulo para nuestros trabajos, contacto cercano con los maestros, alegrías compartidas con los colegas y mucho sentido de compañerismo. Había, por supuesto, reuniones periódicas de los miembros de la Junta, se pagaban cuotas y se hicieron varias publicaciones. Pero yo recuerdo, como los dos acontecimientos inolvidables, la exposición de obras de sor Juana Inés de la Cruz y la cena del siglo xvi. Para la exposición bibliográfica, Josefina logró que le prestaran de la Biblioteca del Congreso de Washington el ejemplar que allá se conserva de la *Inundación castálida*, lo cual significó un verdadero acontecimiento académico para los especialistas mexicanos y para los principiantes, como yo, que así pudimos ver de cerca esa valiosa joya. El orador “barroco”, como lo pedía el momento, fue el siempre recordado y brillante maestro de arte colonial Francisco de la Maza, uno de los grandes enamorados de sor Juana.

No cabe duda de que otro de los actos más interesantes que celebró la Junta, promovido por Josefina —quien, si mal no me acuerdo, era la presidenta en ese tiempo— fue, en el mes de junio de 1952, aquella inolvidable cena del siglo xvi, en la que todos los asistentes fuimos vestidos con disfraces históricos en honor del maestro Rafael García Granados, por la aparición de su importante obra *Diccionario biográfico de historia antigua de México*. Quisimos pues festejarlo reviviendo por unas horas personajes notables de sus lecciones de historia dieciseisena. Todo a consecuencia de que Berta Ulloa había encontrado un manuscrito con recetas de cocina de esa centuria en el Archivo General de la Nación. Josefina llevó la voz cantante en convocar y organizar todo. Tuvimos la suerte de que algunos de nuestros maes-

tros aceptaran encantados la idea de asistir disfrazados a la singular celebración. Gozamos de lo lindo la elección de cada personaje y de quién de nosotros podría representarlo, y luego la búsqueda o hechura de los disfraces, y más tarde la selección de los platillos y su preparación. En los disfraces nos empeñamos en ser estrictamente apegados a la moda del tiempo. Josefina se vistió como doña Isabel de Valois, esposa de Felipe II, quien fue representado por su amigo español Jaime Delgado. A la reunión asistieron, entre otros notables personajes, los reyes mexicas Moctezuma y Cuauhtémoc (este último encarnado por Raúl Flores Guerrero); fray Diego de Landa, obispo de Yucatán (Gonzalo Obregón); fray Pedro de Gante (Luis Arteaga); el cronista Bernal Díaz del Castillo (maestro Rafael García Granados); Diego de Ordaz (maestro Federico Gómez de Orozco); el famoso humanista Francisco Cervantes de Salazar (doctor Edmundo O’Gorman); el Conquistador Anónimo (Felipe García Beraza), y desde luego partiendo plaza Hernán Cortés (Ezio Cusi), acompañado de la Malinche (Elisa Vargaslugo) y de su hijo Martín Cortés el Mestizo (Pedro Muriel). Todos un poco temerosos ante la figura, nada menos que del papa Julio II (doctor Francisco de la Maza). Se destacó especialmente la presencia de Isabel Moctezuma (Lupe Muriel), la bella Tecuichpo, hija del emperador Moctezuma, ya españolizada y por lo tanto vestida con lujo occidental. El maestro don Federico Gómez de Orozco generosamente nos recibió en su casona de Tizapán que, por su arquitectura y mobiliario, fue un marco perfecto para la celebración. Con seguridad todos los concurrentes deben recordar aún esa cena como un acontecimiento muy divertido y excepcional, pues no fue sólo una fiesta de disfraces, sino que se propiciaron divertidos diálogos “históricos” ya que la concurrencia conocía bien la historia del siglo XVI y de los personajes “presentes”. La comida fue deliciosa. El menú, si mal no me acuerdo, fue el siguiente:

Sopa de avellana  
Gallinas en armadura

Jabalí en salsa negra  
Compota de clavel

Esa cena fue una de nuestras mejores aventuras historiográficas. La empresa puso de manifiesto la capacidad ejecutiva de Josefina como cabeza de grupo y desde luego que hizo gala de erudición histórica en la selección de los personajes y sus atuendos.

Pasaron los años, terminé mi carrera, comencé a dar clases y por mucho tiempo no estuve en contacto cercano con Josefina. Supe un día que se casaba, pero que seguía entregada a su carrera, y así siguió, con

decidida constancia, a pesar del nacimiento de sus cuatro hijas. Ella ingresó muy pronto al Instituto de Investigaciones Históricas, y cuando después yo ingresé al Instituto de Investigaciones Estéticas nuestro trato se volvió más cercano y constante, cimentado en nuestra vieja amistad.

Cuando tiene lugar un acontecimiento como el que celebramos este día, en que nos vemos en la grata necesidad de recapacitar sobre la vida académica de algún colega, se nos revela mejor el significado de esa relación. Hoy confirmo que la amistad de Josefina en verdad proviene desde las raíces que se ahondan en las profundidades de mi adolescencia y que seguramente su admirable ejemplo de aquellos años fue una motivación importante en mi carrera.

Lo que más he admirado en Josefina es su laboriosidad, aunada a la firmeza de su carácter, clave mayor, esto, de su éxito. En su fina complexión física se encierra una voluntad de acero que no se doblaba ante nada, ni ante nadie. Con esa voluntad ha impuesto siempre sus ideas, ha vivido su fe y ha ejercido la disciplina para el trabajo y para la vida, comenzando siempre por ella misma. No creo que deba insistir en este punto; creo que su fuerza espiritual, su singular empuje anímico, ha sido percibido por todos.

Muchas, muchas felicidades Josefina, que sigan los éxitos.

